

en las retaguardias rojas

por Francisco
Casares.

esperaban. Sólo en el momento difícil, en el desmayo o la flaqueza del varón, el bisbiseo de una frase, la oportunidad de unas palabras apenas dibujadas en los labios, una simple sonrisa, rompían el silencio. Era necesario seguir. La mujer, en cada casa, en cada peripécia, tuvo a su cargo la tarea de levantar la moral. Para ellas no había, desde fuera, el recurso. Lo daban a los suyos, sin recibirlo, a su vez. ¡Cuántas lágrimas, cuántas oraciones, en las horas de la noche, sin vigilancia ajena, sin sospecha de nadie, cuando ya era lícito expandir la desesperación o conceder un cauce a la debilidad! Y luego, alumbrada una jornada nueva, a la lucha, a la brega, a las «colas», en que era forzoso mezclar el silencio y la resignación con los insultos y las vocinglerías de las mujeres del marxismo soez y dominante.

Las muchachas nacionales que han vivido en Madrid han llegado, en muchos casos, a culminaciones de conducta realmente magníficas, increíbles. Algún día se sabrá con exacta noción, lo que han sido en estas retaguardias el «Socorro Blanco». Y cómo se llevaba aliento y comida a los presos. Y de qué forma, al llegar las tropas, se pudo encontrar una organización ancha y secreta de Falange, que no tenía, naturalmente ni la forma ni el módulo de la oficial, pero que representaba un intento, un deseo. Y sobre todo, un inaudito atrevimiento. Y esta gallardía de actuación, este valor —tan conectado a todas las posibilidades de represalia y de riesgo— ha sido principalmente obra de las mujeres. Ellas no podían ceñirse el blanco delantal de Auxilio Social, ni la blusa azul de la Falange. No podían dar expansión a su sentimiento maternal en torno a las mesas alegres de los comedores infantiles. Pero el balance mental de cada día les arrojaba un saldo de entusiasmo, de ayuda de solidaridad, de darlo todo sin pedir ni esperar nada inmediato, que ha de tener, hoy, en la paz, para nosotros, una estimación tan alta como la que nos merecieron labores y actitudes de las mujeres de la España Nacional.

Hoy se incorporan todas estas españolas a la Patria total y libre. Ya no tienen sobre sus almas el cilicio del silencio. Ya no callan. Ni conviven, en sometimiento humillante y duro, en esas cadenas humanas que se apretaban a los muros de las calles madrileñas para obtener el pan o la porción, deliberadamente corta, concienzudamente disminuída, que la tiranía roja echaba sobre las fauces hambrientas de los que aquí estuvieron. Ha terminado la pesadilla. La Falange Femenina tiene, por incorporación física, nuevos millares de camisas y de flechas rutilantes. En espíritu ya las tenía. La mujer española no tiene que sufrir la pena de ocultar su oración, ni de ahogar, en sollozo vergonzante, sus himnos de paz y de victoria. Pero es justo y es debido que, en la coyuntura del tránsito, cuando se rompen las mordazas y se cambian los hábitos, recordemos todos, sin hipérbole, pero sin tibieza, con la sobriedad y la justeza que es el estilo expresivo y dialéctico de la España lograda y pujante, todo lo que ha habido de aportación, de heroísmo, de entrega y de amor humano en estas admirables mujeres nacionales de las rojas retaguardias.

